

# ¿QUÉ SIGNIFICA CREER?

Hugo McCord



Un ejemplo informativo, inspirador y acreditado del único modo de ser salvo lo constituye el relato que se recoge en Hechos 16.25–34 de la conversión del carcelero de Filipos y de su familia. Este endurecido carcelero no tenía ningún sentimiento cordial para con dos prisioneros que habían sido azotados, cuyas espaldas no solo habían sido heridas y llenadas de verdugones, sino que también es probable que chorrearan sangre. Carente de interés alguno por comportarse humanitariamente, el carcelero solo tenía una idea fija: Sus superiores habían ordenado que se extremaran las medidas de seguridad. Como resultado de ello, no solamente había puesto a Pablo y a Silas dentro del calabozo de más adentro, sino que también aseguró sus pies al cepo.

Al carcelero lo despertó de un sobresalto un terremoto —un terremoto tan severo que los grilletes de los prisioneros se soltaron y las puertas de la cárcel se abrieron. Cuando supo que ninguno había escapado, el carcelero no pudo entenderlo. De repente se dio cuenta de que un gran poder, Uno que está a cargo del mundo, estaba del lado de los dos hombres azotados que él había sujetado al cepo. ¡Eran hombres que no huirían de la cárcel cuando tenían la oportunidad! ¡Algún poder invisible había hecho que ni siquiera los prisioneros culpables huyeran! Claramente, una gigante potencia del mundo tenía que ver con los dos prisioneros azotados. Lleno de espanto, ¡el carcelero quiso que ese poder invisible estuviera de su lado también! Estaba dispuesto a respetar a los hombres que anteriormente había desestimado. Estos, ahora entendía él, ¡eran portavoces de esa gigantesca potencia del mundo! Lo que había sucedido convenció al carcelero de que a las palabras de estos hombres no podía resistirse. Estaba dispuesto a aceptar lo que ordenaran. Temblando de miedo, se postró a los pies de los dos que habían recibido tal aprobación del Soberano

del mundo. Luego, escoltándolos fuera de la cárcel, exclamó: «Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?».

¿Salvo? ¿Qué quiso decir? ¿Librado del peligro de muerte en un terremoto? Si en esto era lo que estaba pensando, Pablo desvió su pensamiento a la liberación que es en Cristo. Cristo no ha prometido salvación de terremotos. La salvación de Jesús es doble: 1) libertad de la culpa del pecado (Mateo 26.28; Lucas 19.10; Juan 8.24; Hechos 22.16) y 2) libertad del infierno, «la ira venidera» (1<sup>era</sup> Tesalonicenses 1.10; vea Mateo 25.41; Marcos 9.47–48).

Una importante verdad es la que se expresa en el uso que hace el carcelero de la voz pasiva en la frase «ser salvo». Un pecador no se puede salvar a sí mismo, sino que depende totalmente de alguien que no sea él mismo. Si un hombre se pudiera salvar por sus propias obras morales, no tendría necesidad de Jesús. Podría decirle a Cristo: «Fue buena tu intención al morir por mí, pero no necesito tal sacrificio». A decir verdad, no hay hombre que pueda deshacerse de la culpa de siquiera un pecado. Solo Dios puede decir: «Estás perdonado». El carcelero, por lo tanto, al darse cuenta de que la salvación no se encontraba en sí mismo, abordó el asunto con humildad y piedad.

Por otro lado, cuando usó la palabra «hacer», también estaba expresando una gran verdad. Aunque en sentido absoluto no hay nada que un pecador pueda hacer para merecer su salvación (Efesios 2.8–9), el Salvador solo salva a los que «hacen» (Mateo 7.21) Su voluntad, los que le obedecen (Hebreos 5.9). El pecador correctamente informado no se enorgullece de guardar los mandamientos (Lucas 17.10). Sabe todo el tiempo que es pecador salvado por gracia, no por su propio mérito. No puede ganar la salvación (Romanos 4.4–5; Efesios 2.8–9).

Cuando el carcelero usó el pronombre «yo», otra importante verdad se enunció. El uso del

pronombre «yo» lleva implícita la idea de que uno no está preguntando por lo que Abel, Abraham, Moisés o el malhechor en la cruz hicieron para ser salvos. La palabra «yo» da a entender que uno está diciendo: «Quiero saber qué es lo que un pecador tiene que hacer para ser salvo hoy día —no en los tiempos patriarcales, ni en el judaísmo, ni en los tiempos de Juan el Bautista, ni durante el ministerio personal de Cristo, sino ahora, en mi tiempo». Tal palabra expresa que «yo no dependo de lo que una madre devota podría hacer por mí siendo bebé, haciendo que me rocíen, ni voy a depender de lo que un familiar o amigo podría hacer por mí después que yo muera, ya sea bautizándose por mí o haciendo que se celebre misa por mí. Voy a depender únicamente de lo que yo haga». El «yo» hace que el asunto se vuelva muy personal.

El uso que hace el carcelero de la palabra «debo» es una insinuación en el sentido de que él —un hombre que temblaba y estaba asustado a medianoche— no deseaba oír acerca de recomendaciones para la salvación ni acerca de opciones que estuvieran disponibles para él. Deseaba oír solamente lo esencial, solamente lo que estaba en la lista de cosas que se «deben» hacer. El uso que hace de la palabra «qué» es continuación de lo que insinúa «debo»: Lo que estaba diciendo, en efecto, era esto: «Denme los particulares, enumérenlos, pónganlos en una lista —uno, dos, tres— de pasos que debo dar». No deseaba generalidades; deseaba que los predicadores llegaran al punto. Viéndolo en términos generales, ¡qué pregunta más inteligente la que estaba haciendo! Cada una de las palabras era significativa.

La respuesta directa e inequívoca de los predicadores fue esta: «Cree en el Señor Jesucristo». Esto dijeron a modo de resumen, abarcando en realidad la totalidad del tema, antes de dar comienzo al sermón (Hechos 16.32). Lo que dijeron en cinco palabras fue una representación de todo lo que seguiría. Muy probablemente, el carcelero jamás había oído el nombre «Jesús», ni siquiera el nombre del verdadero Dios. No hay duda de que la respuesta debió de sorprenderle y haberlo dejado preguntándose: «¿Quién es el Señor Jesucristo?». Como resultado de ello, siguió de inmediato la completa y detallada «palabra del Señor», incluyendo los particulares por los que el carcelero preguntó.

Hay quienes entienden que la salvación es efectuada solamente por Cristo (Juan 14.6; Hechos 4.12), que es «todo» (Colosenses 3.11; vea 1<sup>era</sup> Corintios 1.30) lo que un pecador necesita, en quien uno está «completo» (Colosenses 2.10). Dicen que el mandamiento «Cree en el Señor Jesucristo»

no omite nada, pues incluye todo lo necesario para llegar a ser cristiano. No obstante, uno no puede expresar el término «cree» como quien exprime agua de una esponja. El imaginar que tal proceso daría como resultado una salvación «solamente por la fe» equivale a dar una imagen falsa de los predicadores inspirados de Hechos 16.31 y de todo el Nuevo Testamento. Nadie es salvo «solamente por la fe» (Santiago 2.19, 24; vea Juan 12.42).

En un debate religioso frente a mil oyentes, un predicador de la salvación «solamente por la fe» citó: «Cree [...] y serás salvo», luego comenzó a decir en forma rítmica: «Ni gota de agua en ello, ni gota de agua en ello». De esta forma trató de ridiculizar el bautismo. Su oponente le demostró su disparate diciéndole también con ritmo: «Ni una palabra de arrepentimiento en ello, ni una palabra de arrepentimiento en ello». Según la lógica del predicador de salvación «solamente por la fe», uno puede ser salvo sin arrepentimiento. En vista de que este predicador en realidad creía que el arrepentimiento es necesario, la audiencia pudo ver cuán inconsecuente era y cuán predisposto estaba contra el bautismo.

Los predicadores inspirados de Hechos, al revelar los detalles de «la palabra de Dios» al carcelero y a su familia, le enseñaron no solo a confiar en Jesús, sino también el arrepentimiento y el bautismo. El hecho de que el carcelero les lavó las heridas a los maltratados varones de Dios es una demostración de su arrepentimiento. Más adelante, el pasaje habla de su bautismo a medianoche. Después de ver todo el panorama, uno puede volver a la primera respuesta resumida: «Cree en el Señor Jesucristo», y observar que *la palabra «cree» estaba siendo usada de modo comprensivo, es decir, como palabra envolvente, que incluía por lo menos tres elementos: confianza, arrepentimiento y bautismo.*<sup>1</sup> Reiterando lo dicho, si uno entiende lo que los predicadores quisieron dar a entender con el sencillo mandamiento «cree», entonces entenderá que lo dijeron todo en una sola palabra.

Los que se adhieren al bautismo por rociado afirman que el carcelero fue bautizado en la cárcel, y que, por lo tanto, no es probable que hubiera habido una inmersión. No obstante, el texto no sugiere un bautismo en la cárcel; pues habla de que el carcelero «sacó» a los predicadores (16.30). Se predicó el sermón, se llevaron a cabo los bautismos, y después los predicadores fueron llevados «a» (16.34) la casa del carcelero. En algún lugar entre la celda de la cárcel y la residencia del carcelero, tuvo lugar el bautismo, lo cual no sugiere nada que justifique el rociado.

Hay quienes dicen hoy día: «Nosotros bautizamos por inmersión», y de esta forma debilitan la verdad. Uno bien podría decir: «Tragamos por deglución», o «Nos saludamos con ósculo santo por medio de un beso». No hay otro modo de bautizar que no sea por inmersión. El decir «bautizar por inmersión» lleva implícita la idea de que hay más de una forma de bautizar.

También, hay quienes hablan del «modo» del bautismo, mientras que la Biblia no menciona modo alguno. Siendo jocoso, uno puede «probar» el modo perpendicular usando la versión King James de Hechos 16.33, donde una palabra da la idea de «en posición erguida».<sup>2</sup> No obstante, el significado allí es «enseguida»; el versículo no dice la forma como un cuerpo era sumergido en el agua. Pudieron haberse usado diversos modos (hacia atrás, hacia adelante, hacia abajo) en el bautismo, pero ninguno se especifica. Dios no ha legislado nada acerca del modo a usar; sólo ha legislado que sea bautismo, esto es, inmersión.

Los que rocían a veces se fijan en el hecho de que toda la familia del carcelero fue bautizada, diciendo que debió de haber habido algunos bebés. No obstante, el texto revela que todos los miembros de su familia tenían edad suficiente para oír el sermón (16.32) y, después de ser bautizados, fueron

capaces de regocijarse (16.34). Después de analizar el texto, entonces, uno tendría que concluir que esta narrativa no incluye el bautismo de pequeños.

El relato de la conversión del carcelero revela dos grandes verdades más acerca del bautismo. En primer lugar, hubo nerviosismo y ansiedad hasta después del acto del bautismo. No fue sino hasta ese momento en que el carcelero y su familia estuvieron dispuestos a tranquilizarse y a regocijarse y a tener una cena de medianoche. No hay dato alguno en el libro de Hechos en el sentido de que algún pecador, habiendo llegado a creer en Jesús, comiera o bebiera hasta que hubiera sido bautizado. En segundo lugar, la importancia del bautismo se sugiere en este relato en el hecho de que no se demoró, se hizo a medianoche. Esto revela la urgencia del mandamiento en las prédicas neotestamentarias. El posponer el bautismo para una ocasión especial, o incluso para cuando sea de día, equivale a demorar la salvación hasta ese momento.

---

<sup>1</sup> Esto se aplica en Hechos 16.31, pero no en todas las Escrituras donde aparece la palabra «creer». Por ejemplo, Santiago 2.19 dice que «también los demonios creen, y tiemblan»; sin embargo la creencia de ellos no incluye forma alguna de obediencia a Dios.

<sup>2</sup> N. del T.: La palabra es «straightway», que traducida al español significa «enseguida».